

II. DE LA NATIVIDAD

Entretanto por no turbar el orden que he propuesto de abreviarlo a mi posible el número infinito de cosas que escribirse sobre esta materia, diré primeramente que me parece ser muy necesario que el que quiere entrar en este gran tráfago del mundo sea hidalgo de solar conocido, con alguna buena señal. No que yo quiera desterrar a los que la Naturaleza no les ha dado esta dicha. La Virtud no tiene condición ninguna que le sea parcial, y los ejemplos son harto comunes de los que de su bajo nacimiento se han levantado por sus hazañas heroicas a grandezas ilustres¹.

II-a-Ventajas de la Nobleza

Con todo eso conviene conceder que los que son de buen linaje tienen siempre las buenas inclinaciones que los demás no tienen sino escasamente; y parece que a estos les acontecen naturalmente y no se encuentran a los otros sino por suerte. Se cuele con la sangre de ciertas simientes de bien y de mal que brotan con el tiempo dentro de nuestras almas y hacen nacer en nosotros las buenas y las malas calidades, que nos hacen amar o nos hacen ser odiosos a todo el mundo². Aquellos de quien los antepasados se han hecho señalados por sus memorables hazañas, se hallan en alguna manera empeñados a seguir el camino que les es abierto. Y la nobleza, que como una luz hermosa resplandece en todas sus acciones, los excita a la virtud por estos ejemplos domésticos o los retira del vicio por el temor de la infamia. Y cierto que los que han nacido entre el pueblo no piensan estar obligados a pasar más adelante que los de quien ellos han salido. Así mesmo una persona de buen solar creería ser digna de deshonor si por lo menos no subiese el mismo grado de estima donde sus antecesores han subido. Añado a esto el parecer de un excelente maestro en esta ciencia que dice que es un encanto muy poderoso

¹ Guazzo (1574) en su *Conversación civil* está muy cercano a este parecer a lo largo de todo el texto.

² Se acerca a la visión que de la nobleza 'de linaje' se observa en *El Cortesano* de Castiglione (1994: 15-16).

para ganar de improviso la buena opinión de aquellos a quien queremos agradar como el buen nacimiento. Y no hay que dudar que de los hombres igualmente bien hechos que se presentasen en una compañía, sin haber dado aún ninguna impresión de sí que hiciese conocer su valor, cuando se viniese a saber que el uno es hidalgo y el otro no, fuese menester que este postrero pusiese mucho tiempo antes que dar de sí la buena opinión que el hidalgo habría adquirido en un momento por el solo conocimiento que habrían tenido de su nacimiento³. Demás destas razones digo, aún después de todo, que las preeminencias que están pegadas a la nobleza son tan grandes que una persona de buen juicio y de buen corazón, que se hallase embarcada con un viento en popa en la Corte, sin tener esta ventaja podría caer cada día en mil ocasiones de vergüenza.

II-b-Desdichado conocimiento del malo y del mediano

Es verdad que en todas suertes de condiciones se encuentran que por un cierto favor del Cielo tienen la dicha de nacer acompañados de tantas prerrogativas del alma y del cuerpo que parece que la misma Naturaleza haya tomado gusto en formarlos de sus manos propias y enriquecerlos de todas las gracias, las más encantadoras y más capaces de ganar las voluntades. Por lo mismo que se hallan también de tan desdichados que se diría ser arrojados como por fuerza al mundo o que no sean hechos sino por servir de objetos de risa a los demás. Como estos con todos sus cuidados y toda su diligencia tienen mucho trabajo a hacer de manera que por lo menos los puedan sobrellevar. Los otros, al contrario, tienen una facilidad tan grande de hacer bien que con un mediano trabajo, y casi sin pensar, se hacen agradables a cualquiera que tiene ojos para mirarlos. Entre estas dos extremidades se halla aún un medio de los que no han recibido favores extraordinarios de la

³ Observemos el enfrentamiento continuo entre Ludovico de Canosa y Gaspar Palavicino (Castiglione, 1994).

Naturaleza pero también que no tienen imperfecciones señaladas. Y aquellos pueden con la ayuda de los preceptos, y por cuidados vigilantes y continuos, corregir sus faltas y, en fin, merecer la estima de los que la dan. Desta estima nace luego esta buena voluntad que queremos que nuestro hombre honesto sepa ganar donde quiera que se encontrare. Pero para venir a este punto, hallo que el medio más seguro es de prevenir las opiniones de aquellos de quien deseamos ser amados. Éste es uno de los más altos misterios de nuestra Arte y que se descubrirá en su lugar después que halla mostrado las principales calidades que debe tener él que pretende pasar por hombre honesto delante de tantos ojos donde es visto en la Corte y entre un tan grande número de ingenios delicados a quien las faltas las más escondidas no lo podrían ser mucho tiempo.

II-c-La profesión del hidalgo

Me parece pues que como el buen nacimiento no basta si no es dichoso, ni el uno ni el otro no aprovecharían de mucho si no son cuidadosamente labrados. Pues no hay hombres que no escojan una profesión para emplearse, me parece que no hay más honrada, ni más esencial a un hidalgo que la de las armas. Debe de ser diestro y ardiente, y pegarse como a una cosa de la cuál debe hacer su ordinario ejercicio. La mayor parte de las demás cosas que le son requisitas no son estimadas necesarias sino en tanto que ellas sirven de ornamento a ésta, y que le pueden dar algún lustre para hacerla resplandecer con mayor claridad. Es por las armas principalmente que la nobleza se adquiere. Es por las armas también que se debe conservar y abrirse camino a la fama y de allí a las grandes honras.

II-d-Qué debe un hombre honrado

Me parece pues, que la más fuerte ambición que debe tener el que ciñe espada es la de ser estimado hombre, animoso y atrevido, y demás de ser creído hombre cuerdo y honrado. Y de hecho, los que juntan la malicia al valor

son de ordinario temidos y mal queridos como bestias fieras, porque teniendo el poder de mal hacer, tienen también la voluntad. Pero los que tienen el ánimo acompañado de buenas intenciones, son bien queridos de todo el mundo y considerados como ángeles tutelarios que tiene Dios entre nosotros para oponerlos a los agravios de los malos.

II-e-Que debe de ser temeroso de su honra

Entre tanto como no hay nadie que sea celoso de su honra y sobre todo en lo que toca su profesión, ¿con cuánta mayor razón un hidalgo se debe preciar de sus armas, que son las verdaderas señales de su hidalguía?. Es allí donde debe ser exacto sin ser cosquilloso. Porque como la honestidad de una dama habiendo sido una vez enzurizada con alguna mancha no puede volver más a su primera limpieza. Así mesmo es como imposible que la estima de un soldado, después de haber sido notado de alguna flaqueza, se pueda volver a poner en su fama primera que no quede siempre algo a zaherirle.

II-f-De las pendencies

También en las ocasiones de honra, como en los grandes gobiernos de la guerra, no se permite hacer dos faltas. Pero este punto es tan cosquilloso que la mayor parte de los mancebos, por falta de experiencia o por demasiado ardor, y los demás, por falta de buen juicio o por cabezudos⁴, se pierden por esta desdichada vía.

⁴ *cabezudo*: “cabezón, cabezota. Se aplica a persona obstinada” (Moliner, 1977). “En lo literal vale disforme y grande de cabeza. Usase más translaticamente, y se toma por el terco, porfiado, tenáz y assido à su dictamen, que no se sujeta à la razón ni à la opinión de otro. Lat. Captio, onis. Cervicosus. Fr. L. DE GRAN. Guia, lib 2. cap. 15.5.4. También pertenecía no se el hombre porfiado o cabezudo. Fr. L. DE LEÓN, Nov. De Christo en el de Pastor. El tratar con sola la ley escrita, es como tratar con un hombre, y que no admite razón y por otra poderoso para hacer lo que dice.” (D.A., 2002, tom. I, letra C, pag. 26)

II-g-Contra los pendencieros

Por donde vemos cada día que las leyes divinas son profanadas, que la autoridad de las Pragmáticas es violada y que la clemencia de nuestro victorioso monarca es forzada algunas veces a obedecer a su justicia.

II-h-De la inteligencia de las pendencias

El más sano remedio que yo sepa dar a este mal que se puede llamar incurable por lo venidero, si esta cura no está puesta en el número de los milagros del Rey, es a mi parecer, aprender temprano la inteligencia de las pendencias que han hecho como una especie de ciencia a fuerza de afirmarlas. La mayor parte de los que se despeñan en esta brutal furia lo hacen de ordinario con temor de no hacer harto dentro de la ignorancia e incertitud donde se hallan, si son obligados a venir a esta extremidad o no. Así, por no entender cuáles son los grados de ofensa que merecen estas sangrientas satisfacciones, no se ven sino ejemplos de extravagancia y de fantasía de las pendencias, y no un solo rayo desta verdadera honra, que es el más preciado tesoro de la nobleza. Es uno de los más insoportables abusos que se hayan pasado en nuestro siglo, de haberse figurado, como han hecho, que el puro y heroico valor no consiste solamente sino a maltratarse, como si esta virtud no tuviese otro ejercicio sino en la destrucción del género humano. Tiene efectos mucho más levantados y se puede decir que se extiende casi sobre todas las más gloriosas acciones de la vida. Yo mostraría de buena gana esta materia pero mi sujeto me llama⁵.

II-i-Contra la vanidad

⁵ Castiglione, 1994, II: 8.

Diré pues que junto a esta excelente parte se encuentra de ordinario un vicio que dirían ser inseparable de las calidades eminentes y que casi siempre gasta todo el buen fruto que producen. Es esta loca vanidad con que la mayor parte de los hombres se dejan embriagar hasta perder el uso de la razón. Esta falta es odiosa y hace dignos de menos precios a los que de otra parte merecerían grandes loores si tuviesen la paciencia de aguardar que se diesen voluntariamente sin arrancarlos o quererlos alcanzar por fuerza como hacen casi siempre.

II-j-Contr **los fanfarrones**

Muchos de nuestros valentones se imaginarían no lo ser si no hiciesen mil ademanes y meneos feroces y redículos para espantar a todo el mundo de quien estos pobretos se figuran ser mirados con temor y admiración. Todas sus pláticas son aclaraciones de procederes y peleas, y quien cortase de sus entretenimientos los términos de asalto y de esgrima, creo que serían reducidos por su más alta ciencia a los cumplimientos de la lengua francesa. Su jactancia ha subido hasta este grado de brutalidad como de menospreciar la conversación de las mujeres, que es uno de los más dulces y de los más honestos entretenimientos de la vida. La danza, la música y los ejercicios de galantería les parecen una especie de blandura, y a lo menos que de hacer saltar un trabuco o una mina, no creen ocuparse harto dignamente. Esta condición, y juntamente todas las palabras que tiene una tintura de soberbia y de suficiencia, deben ser evitadas como los más peligrosos escollos donde la buena estima de los hombres pueda dar al través⁶.

⁶ Castiglione, 1994, II: 50.